

Biblioteca
DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



Madrid, 1846.

IMPRESA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,
Calle del Duque de Alba, n. 13.



LUCHAR CONTRA EL SINO,

PRIMERA PARTE.

LA SORTIJA DEL REY.

Drama histórico, original, en tres actos, en verso, por DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ, para representarse en el teatro del Príncipe el año de 1848.

INTERLOCUTORES.

EL REY DON PEDRO I de Castilla.

EL CONDE DE TRASTAMARA.

MOSEN PERO CARRILLO.

DOÑA MARIA DE PADILLA.

DOÑA ALDONZA CORONEL.

JUAN DIENTE, ballestero del Rey.

RODRIGO DIAZ ALBARRACIN, id.

Comparsa de ballesteros.

La acción pasa en Sevilla la noche del 28 de mayo de 1358 en una armería contigua al convento de Santa Clara.

ACTO PRIMERO.

ALDONZA CORONEL.

Una fragua á la izquierda del fondo y un yunque junto á ella: algunos arneses completos colgados de los muros entre haces de picas, espadas y armas de la época; un cuadro que representa á San Miguel al frente, y sirve de puerta á una entrada secreta; debajo de él una mesa, y junto á ella un escabel; puertas laterales, de entrada la de la izquierda y de paso al interior la de la derecha; siales humildes, etc.

ESCENA PRIMERA.

Permanece solitaria un momento, y se escuchan muy cerca las once de la noche; el cuadro se abre, y aparece

tras él doña Aldonza Coronel con tocas, y una lámpara encendida en la mano; tras el cuadro se vé el interior de un claustro, iluminado opácamente por la luna, que se vislumbra á través de un arco godo. Doña Aldonza cierra, descendiendo á la escena, la examina cual si desease encontrar á alguno, deja la lámpara sobre el yunque y dice.

No ha venido, y ya es la hora.

¡Cuánto la venganza tarda,
para el que ansioso la aguarda
y ultrage sangriento llora!

Tampoco vino don Juan

á soñar con sus amores;

si, á soñar, porque son flores

que al fin se marchitarán.

Y yo imprudente.... ¿Mas quién?

ESCENA II.

Pero Carrillo ha entrado por la puerta de la izquierda embozado; cierra con la llave que ha abierto, deja la capa y el sombrero quedando en traje de pechero de la época, y se dirige á doña Aldonza.

PERO. Dejad el miedo; soy yo.

¿Fuisteis al alcázar?

ALD. No.

PERO. Por acaso hicisteis bien.

ALD. Temi que el Rey enojado

no escuchase mi querella.

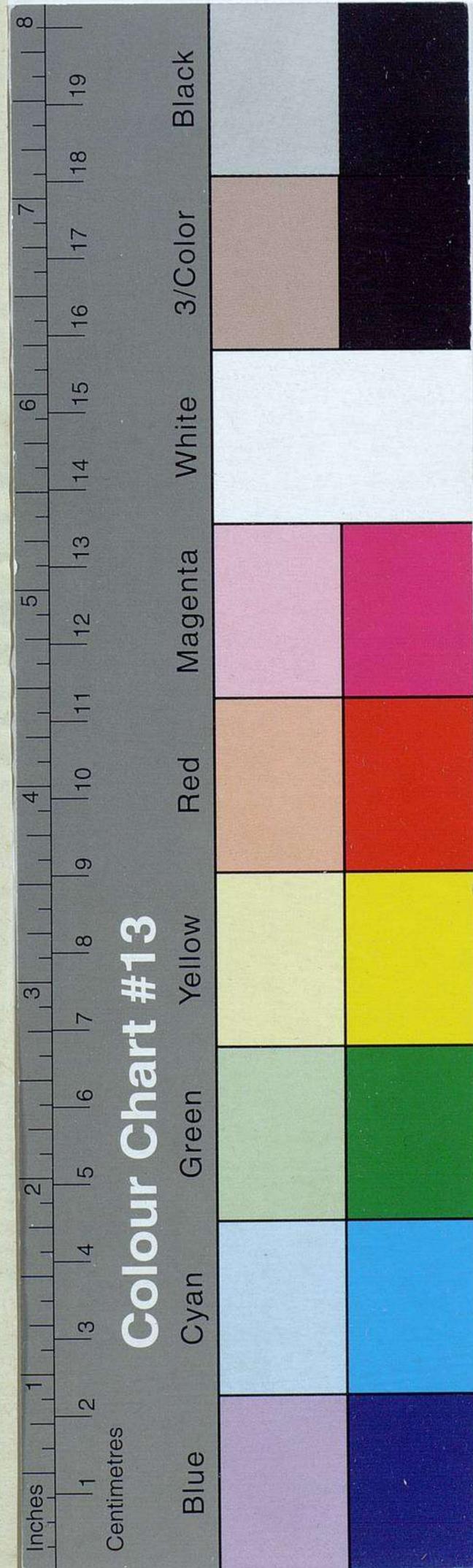
PERO. Vano temor; sois muy bella

y el Rey muy enamorado.

A propósito de amor:

¿ha venido el encubierto?

ALD. ¿Sabeis algo? (con interés.)



Colour Chart #13

PERO. Nada cierto,
mas sospecho....

ALD. ¿Qué?

PERO. Un traidor.

ALD. ¡Un traidor! Tal, no le creo.

PERO. Tendreis razones.... (con intencion.)

ALD. Quizá.

PERO. Sin duda, secretos....

ALD. (con coqueteria.) ¡Quiá!

PERO. Mas secretos que preveo:
¿amores os dijo?

ALD. Si.

PERO. ¿Y los aceptásteis? (en reconvencion.)

ALD. (con dignidad.) No.

PERO. Persistirá....

ALD. Tambien yo.

PERO. Hareis bien; estorba aqui.

Ademas, me dá cuidado
tan asidua su presencia,
y mirarle en su insolencia
hasta el sombrero embozado.

Y de esta noche no pasa;

ó me revela quién es,

ó las huellas de sus pies

no fija mas en mi casa.

Algunas veces sospecho

que es el Rey, y en el recelo

siento el corazon de hielo

aterido bajo el pecho;

mas que deliro comprendo

cuando le miro tenaz,

con vos en galan solaz

amoroso departiendo.

ALD. ¡El Rey! ¿y hubiérais temor

de hallarle encerrado aqui,

cuando al delirarlo en mi

siento acrecer el furor?

¡Oh! diera mi salvacion

porque al cabo cara á cara,

en su rabia se encontrara

la pantera ante el leon.

Porque á su capricho plugo

mi nombre está deshonrado,

y mi blason destrozado

por el hacha del verdugo.

A su filo un Coronel

sobre un tajo rindió el cuello,

y no dormiré hasta vello

sangriento á mis pies á él.

Porque con sangre se lava

ultraje que el alma hiere,

ultraje que solo muere

cuando una tumba socaba.

¡Oh! tambien por conocello

quise á sus plantas llegar,

que en mi mente á reflejar

vino de duda un destello.

Mas no es él; su rostro solo

dice amor, y mal se hermana

con la gala cortesana

de sus palabras el dolo;

que es muy apuesto don Juan,

y aunque á su amor recatada....

PERO. ¿Vuestros lazos de casada

por él enojos os dan?

ALD. Mordaz y sin ocasion

hechais mi decoro á pique.

PERO. ¿Y cómo poner un dique

si delira, al corazon?

Asi pensais las mujeres:

olvidais vuestra venganza

cuando la mente se lanza

tras quiméricos placeres.

ALD. Basta, que á punto llevais

vuestra burla, deshonoroso;

jamás faltaré á mi esposo

y en dudarle me ultrajais.

Y aunque de amor al acento

mi corazon se estremezca,

antes que mi honor perezca

me encerraré en un convento.

No veré mas á ese hombre

que mis amores provoca,

ni mas oireis de mi boca,

que lo olvidaré, su nombre.

PERO. Si viene habrá de salir,

que esta noche á don Enrique

aguardamos, y está á pique

de encontrarle; destruir

si puede el plan, mil venganzas

en humo se deshicieran,

cuando en Burgos nos esperan

de Francia quinientas lanzas.

ALD. ¿Me engañais?

PERO. A Du-Guesclin

Rey amigo nos envia,

cuya clara nombradia

salvó de Francia el confin,

y cien nobles de valer

que al Rey don Pedro aborrecen,

á Trastámara se ofrecen

para encumbrarlo al poder.

ALD. ¿Nos sirve el pueblo?

PERO. Menguada

el pueblo máquina es,

que se arrastra ante los pies

del que vence en la jornada.

Para doblarle á su yugo

se prestan fuerzas á un Rey,

presentarle como ley

una cuerda y un verdugo;

y si don Pedro delira

que el pueblo su trono escuda,

cuando le falte su ayuda

lamentará una mentira.

Qué nacion ¡vive Dios!

nobleza y corona al par,

y el pueblo debe quedar

para esclavo de los dos.

Mal el juego aventuró

aquese Rey justiciero,

que amparando á un zapatero

á un canónigo mató;

y con pretesto futil

contra el clero vengativo,

mandó sepultasen vivo

otro cura de San Gil.

Sin cuenta debe baldones

á su cetro la nobleza,

y pesan en su cabeza

de Roma las maldiciones.

¡Oh! tambien me mancilló,

que lidiando junto al moro,

cual premio la banda de oro

su padre Alfonso me dió.

Pendiente de mis blasones

la vió Aragon y Castilla,

y á la guerra sin mancilla

la llevaron mis pendones.
Y ese Rey, á quien estrecho
es mas brillo que el del trono,
arrancómela en su encono
en Valladolid, del pecho.
Y he de vengarme, por Dios,
ó perecer en la lid.

(*suená un golpe en la puerta de la izquierda.*)

ALD. ¡Callad!

PERO. ¿Llamaron?

REY. (*dentro.*) Abrid.

PERO. ¡El encubierto! Abrid vos.
(*dándola una llave.*)

ESCENA III.

Entretanto que *doña Aldonza* abre, *Pero Carrillo* vá al yunque, toma una pieza de arnés y martillea en ella en faz de quien trabaja; el *Rey* entra embozado; *doña Aldonza* se sienta, y el primero, asiendo un sitial, se coloca junto á ella, dejando caer el embozo de la capa y dando la espalda á *Pero Carrillo*, que le mira con prevención.

REY. Maese Pedro, Dios le guarde;
¿aun no dejó el trabajar?
Las once dieron

PERO. Velar
acostumbro hasta muy tarde.

REY. ¿Tanto velais? (*con intencion.*)

PERO. Es la ley
del pobre sudar á escote,
para que despues le azote
con tributo y horca el Rey.

REY. ¡Silencio! Agora en Castilla (*con imperio.*)
hablar del Rey, por igual
cuesta, al villano un dogal,
al hidalgo una cuchilla.

PERO. Doy la cuestion de barato
y dejo rodar la bola.

REY. Quisiera contigo sola (*ap. á doña Aldonza.*)
platicar, hermosa, un rato.

PERO. Ingrata empresa, el hidalgo, (*ap.*)
elejiste. (*alto.*) ¿Vuestra hacienda
está, señora, en la tienda?

(*doña Aldonza saluda al Rey y sale por la derecha.*)

ESCENA IV.

REY. Teneis olfato de galgo.
(*subiendo el embozo y dirijiéndose á Pero Carrillo.*)

PERO. ¿De veras? No lo sabia.

REY. Mas de todo estais al cabo,
y el gesto fruncis si alabo
los hechizos de Maria.
Si finjiéndome placeres
estoy su rostro mirando,
vos mis amores matando
la advertis otros quehaceres.

(*con profunda intencion.*)

¿Qué visteis que os obligára
á andar conmigo tan listo?

PERO. Pudiera jurar no he visto
si teneis, hidalgo, cara.
Pasásteis mi puerta un dia;
bruñe esa daga, digisteis:
bruñi, pagásteis, os fuisteis
y ya olvidado os habia;
cuando la noche siguiente
os vide de nuevo entrar;
nada tengo que guardar
mas que esa niña inocente.

REY. Bien finje. (*ap.*)

PERO. ¿Qué?

REY. Nada digo.

¿Y esa mujer, es de historia?

PERO. Soy tan flaco de memória,
que....

REY. Proseguid.

PERO. Ya prosigo.

Siempre á la cara el sombrero
habeis tenido en mi casa; (*con altivez.*)
mis umbrales nadie pasa
sin descubrirse primero.

REY. Mancillé vuestro decoro, (*levantándose.*)
¿no es verdad? Tal demasia
no esperar de mi debia
un señor de banda de oro. (*se descubre.*)

PERO. ¡El Rey! (*aterrado.*)

REY. ¡Agora temblais!

Dejad la fragua, Carrillo,
que mal cuadra junto al brillo
del blason que sustentais.
¡Oh! conspirando en Castilla
por dar á un traidor mi trono,
sin temer en vuestro encono
de mi ley á la cuchilla.

PERO. ¡Señor...!

REY. ¡Silencio ante mí!

Por Dios, que sois buen espia;
solo mi vista podria
hallar la traicion aqui.

¿Para quién esos arneses?
¿Dónde estan los esforzados
que contra el Rey levantados
ostentarán sus paveses?
¡Oh! que insultásteis dormido
al poderoso leon,
y se os hiela el corazon
al escuchar su rugido.

Sé que en aquese convento,
(*señalando el cuadro de San Miguel.*)

á la sombra del altar,
hay quien osa levantar
hasta mi su pensamiento;
sé que uno de ellos sois vos,
y quiero saber de plano,
las traiciones del hermano
que me dió en sus iras Dios.

PERO. Quién os ha dicho, señor,
que don Enrique conspira,
manchó con una mentira
su vil labio de traidor.
¡No! teneis la alevosia
junto al trono, Rey de España;
el de Alburquerque os engaña,
os vende doña Maria.

REY. Que estais con el Rey hablando
meditad, Pero Carrillo.

PERO. Sé, don Pedro, que al decillo
mi cabeza estoy jugando.
Perdonad si os ofendí,
siempre os fui fiel.

REY. Como ahora;
mas no he venido en mal hora
á perder el tiempo aqui;
ó los nombres me decis
de aqueza turba insensata,
ó como don Pedro trata
os mostraré, á quien servis.

PERO. Si á la muerte por temor

un solo nombre os digera,
como un villano mintiera.

REY. Envidio tal servidor. (*llamando.*)
¡Juan Diente!

ESCENA V.

El Rey vá á la puerta de la izquierda y la abre: *Juan Diente* aparece en ella armado con una maza, seguido de tres ballesteros con tabardos encarnados, donde se ven las armas de Castilla sobre armaduras de peon.

REY. Cumple tu oficio.
Este hidalgo ha de morir.
(*señalando á Pero Carrillo.*)

PERO. ¡Señor!

REY. A veros gemir
no vine; con vos propicio
me hallareis, si con verdad
lo que me cumple os escucho.

PERO. ¡Don Enrique! Os debo mucho, (*resignado.*)
mas no tanto.

REY. ¡Despejad! (*á los ballesteros.*)
(*Juan Diente sale por la izquierda acompañado de los tres.*)

ESCENA VI.

PERO. Direis, señor, que á vuestro hermano vendo;
que hidalgo malnacido
vuestro furor temiendo,
mancillo mi blason, dando al olvido
que es de buenos morir antes que aleve
falte el labio al sigilo prometido.

REY. ¿Paciencia por demas, pensais, Carrillo,
qué tengo yo para escuchar sandeces?
Acabad de una vez, que ya me enojan
y estoy del sufrimiento hasta las heces.
¿Dónde mi hermano está?

PERO. Dentro Sevilla.

REY. ¿Su posada?

PERO. No sé.

REY. Tened presente
que os pregunta el monarca de Castilla.

PERO. Aquí vendrá, señor.

REY. ¿Direisme cuándo?

PERO. Esta noche.

REY. ¿Cuál hora?

PERO. A los maitines.

REY. ¿Le acompañan?

PERO. No sé.

REY. Mis ballesteros
asistirán, Carrillo, á sus motines.
¡Buenos cuenta, Castilla, caballeros!
¿Qué quieren esos nobles? Pensarian
doblar del trono el esplendente fuero,
que cobarde á temblar me obligarian
al relucir del sedicioso acero?
Sangre corrió traidora
de españoles, sin fin, y yo creia
que mi justicia pronta, aterradora,
las gradas de mi solio guardaria.
¿Lo quieren? ¡Sea!! Cuando no me quede
mas que una almena do reñir la vida,
verán allí que ante el terror no cede
acosado el leon en su guarida.
En cuanto á vos, Carrillo, aunque villano
armas buscásteis y rebelde gente
para alentar el sueño de mi hermano
vuestro nombre manchando torpemente;
de la mezquina miserable vida

merced os hago.

PERO. A vuestras plantas...
(*arrojándose á los pies del Rey.*)

REY. Luego
de mis reinos salid; siempre rendida
la voluntad no tengo al blando ruego,
y pudiérais pesar, si entre mis garras
rebelde os torno á ver; id, y en destierro
sin patria os miren de Aragon las barras.
¡Despejad!

(*Pero Carrillo toma la capa y el sombrero y sale por la izquierda.*)

ESCENA VII.

REY. ¡Siempre sangre en mi camino!
¿Por qué, si era de abrojos,
corona al ver la luz me dió el destino?
¿Que hice yo á mis vasallos
para que asi rebeldes bajo el yugo,
que en vano es á domallos,
me obliguen á tenerlos de un verdugo?
¡Mis hermanos tambien, y la Padilla!
¡Oh! lo escuché, fingime que dormia,
y en vano, fue ilusion, porque en Castilla
siempre va es pos de mi la rebeldia.
«¡Tú morirás al hierro de un hermano!»
me dijo un nigromante, y yo dudaba;
«¡Tú serás fraticida,» un eco vano
junto á mi retumbó mientras soñaba;
y por respuesta al lúgubre anatema,
yo mataré, les dije en mis furores;
¿qué importa si funestos mi diadema
lanza al mundo de muerte resplandores?
¿No me llaman cruel? Pues bien, que sea!!
Con sangre teñiré mi régio trono,
de las traiciones la cobarde tea
con sangre vil apagaré en mi encono.
¡Juan Diente! (*llamando.*)

ESCENA VIII.

(*el ballestero entra por la puerta de la izquierda y se inclina ante el Rey.*)

DIEN. ¡Mi señor!

REY. Un ballestero
aposta de esa calle en la avenida;
entrar puede villano ó caballero
libremente; salir... ¡nadie con vida!

DIEN. Asi será.

REY. Sobre la maza alerta,
pronto á mi voz, desecha el importuno
sueño, y aguarda oculto tras la puerta.

(*El rey sube á la mesa, abre la puerta secreta, entra y torna á cerrar.*)

ESCENA IX.

DIEN. ¡Ay si á tu paso se interpone alguno!
Sangre barrunto: caiga el desdichado
á quien señale su ademan altivo;
si el dueño manda en su venganza airado,
callar y obedecer es del cautivo.

ESCENA X.

DOÑA ALDONZA aparece en la puerta de la derecha.

DIEN. ¿Una muger aqui?

ALD. ¡Cielos! soldados!

¿A quién buscas?

DIEN. (con aspereza.) No sé.

ALD. ¿Por quién viniste?

DIEN. No sé.

ALD. (Me hace temblar; ¡ah! ¡desdichados!)

¿Eres del rey ó el conde?

DIEN. No sé.

ALD. Ay! triste!

(dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)

DIEN. De aquí no heis de salir! Atrás os digo!

(poniéndose entre ella y la puerta.)

ALD. ¿Quién tal os ordenó?

DIEN. No sé.

ALD. De acero

debeis tener el alma.

DIEN. (saliendo por la izquierda.) ¡Por castigo!

ESCENA XI.

ALD. ¡Tiene el semblante de fatal agüero!

Y sale, y á mi agonía

por consuelo solo deja,

el horroroso recuerdo

de su mirada siniestra.

«¡No sé!» pronuncian sus labios

á mi queja por respuesta,

y otro «¡No sé!» me devuelve

y aterrándome se aleja.

¿Quién ha traído á ese hombre?

¿En dónde don Juan se encuentra?

¿Qué fue de Pero Carrillo?

¡Bien mi venganza se apresta!

¡Don Enrique!

(El cuadro se abre y aparece el rey que descende en silencio y se coloca trás de doña Aldonza que sigue recitando sin descubrirle.)

ALD. ¡Don Enrique!

En dónde estás? En la diestra

por qué no agitas sañudo

de tu venganza la enseña?

Cual yo de mi padre, lloras

la desastrosa tragedia,

de tu madre asesinada

por ese monarca fiera.

¿Mas qué mucho? Cual yo tiemblo

quizás receloso tiemblos,

y guardas harto una vida

que estás cubriendo de afrenta!

¡Padre mio! si á vengaros

es fuerte mi débil diestra,

de agudo puñal armada

al rey abrirá la huesa.

REY. ¿Y qué hareis si á vuestra vista

(adelantándose.)

el rey don Pedro se muestra?

ALD. ¡Don Juan! (con alegría.)

REY. (ap.) Y yo la buscaba

en lo oscuro de las celdas!

ALD. ¿Venis á salvarme?

REY. ¿Cómo?

¿Maria, la pobre huérfana,

tiene enemigos?

ALD. Don Juan

perdonadme si mi lengua

os engañó; no cual veis

aquesta saya grosera

siempre he vestido, que noble

es la sangre que me alienta;

perdonad si á vuestro amor

engañé.

REY. ¡Frase hechicera!

¿Con qué me amais? Sonrojada

bajais la linda cabeza,

y esos humos de venganza

al aire deshechos vuelan?

Tambien de mi triste mente

esa palabra destierra

hondo recelo, que el rostro

cubre de negra tristeza.

¡Ah! no sabeis cuanto al alma

esa palabra consuela,

cuando el corazon suspira

porque guarda cruda pena;

pues bien; soñando gocemos

aunque al despertar horrenda,

nuestro amor apostrofando

se muestre vision sangrienta.

ALD. ¡Soñar, soñar en amores

cuando el pensamiento aquejan

hondas heridas de agravios

que en una tumba penetran!

No ya mas entre las sombras

mi nombre oculto se vea.

Doña Aldonza Coronel

en Castilla rica-fembra,

soy, don Juan, á quien el ansia

de vengarse, en la llaneza

de la plebe confundió;

no mas esa turba necia

me cuente entre sus iguales

ni mas nuestro amor padezca;

tengo castillos orlados

de fortisimas almenas,

hombres de armas en sus cuadras

y en sus retretes doncellas.

Venid conmigo, don Juan;

alli placeres sin cuenta

gozaremos adormidos

por fantásticas leyendas,

que cantarán trovadores

al compás de cien vihuelas,

cuando la venganza mia

hareis que estalle tremenda,

y caiga, roto en pedazos,

un trono que nos afrenta.

REY. Amadme, mas no á tal precio;

¿no os fuera, decid, vergüenza,

el dar amor por traiciones

que son á un hidalgo mengua?

¿Por qué contra el rey, aleve,

quereis que sus armas vuelva?

¿Qué os hizo don Pedro, al cabo

que os obligue á tal empresa?

ALD. Mi padre...

REY. Murió, lo sé,

sobre un tajo con afrenta,

que la ley á todos hiere

en su rigor justiciera.

Perdonáralo don Pedro,

y muy pronto cruda guerra

en la impunidad fiando

alzára la faz sangrienta.

Olvidad vuestra venganza

que en aleve dejenera;

dejad vuestros hombres de armas

velando en paz las almenas

de vuestros fuertes castillos,

ó ¡por Dios! pendientes de ellas

los he de ver por villanos

de los cuervos para presa.

ALD. ¡Don Juan! (*sorprendida.*)

REY. Perdonad, Aldonza,
si al amaros, encubierta
cubrí, por no deslumbraros,
mi soberbia estirpe régia
Don Pedro soy de Castilla,
que os perdona, Aldonza bella,
y os dá de amor pleitesia
de su palabra por prenda.

ALD. (*retrocediendo.*) ¡Rayos del cielo! ¡era el rey!

REY. ¿Por qué vuestro pecho tiembla?
¿Por qué del terror el llanto
medroso el párpado muestra?

ALD. ¿Y por qué el tigre se cubre
con cándida piel de oveja,
si un rastro muestra de luto
al fin su sangrienta huella?
¡Dejadme! Vuestros amores
á una tumba son ofensa,
y no al amor, al verdugo
pertenece mi cabeza
¡Rey don Pedro! al fin nos vemos
sin antifaz que nos venda;
vos ante mi receloso,
yo de venganza sedienta.

REY. Por Dios, que en vuestros enojos
estais, la Aldonza, hechicera.

ALD. ¡Verguenza para mi raza
(*sacando un pequeño puñal de entre las ropas.*)
si este puñal no me venga.

REY. (*impasible.*) ¡Herid!

ALD. (*cayendo á sus pies.*) ¡Ah! ¡perdon! perdon!

REY. ¡Dudais, y sin resistencia
de vuestra cólera aguardo
á que estalle la tormenta!
Alzad, Aldonza, y por Dios
no comprimais mi paciencia,
que entre compasion y enojo
está su balanza incierta.
¡Pobre niña! te comprendo;
quizá tu razon inquieta,
amor respira y venganza
y á cual atender no acierta.
Escucha, tambien fluctuo
en incertidumbre acerva,
cuando miro á mis hermanos
hacerme terrible guerra.
Y yo les he dado honores,
yo les colmé de riquezas;
conde en Castilla es Enrique;
de Santiago la encomienda
á don Fadrique obedece;
de Vizcaya y de su tierra
señor es don Tello; y bien,
¿con qué mi amor recompensan?
Entre el pueblo me calumnian,
seducen á la nobleza,
y ambiciosos se reparten
el oro de mi diadema;
yo mi perdon les ofrezco,
y soberbios le desprecian,
pues bien; si agora á mis brazos
arrepentidos vinieran,
y no les temo ¡por Cristo!
olvidára sus ofensas.
A questo don Pedro haria
que sin fin agravios cuenta,
y ¿cuándo ante vos se humilla

su inalterable soberbia,
el puñal de las traiciones
dais á su amor por respuesta? (*pausa.*)
Alzad la vista y miradme,
si hacerlo no os cuesta pena.
¿Sangre os espanta en mi frente
que infausto destino quema,
que al nacer meció mi cuna
y me sigue y no me deja?
¡Ah! la maldicion del mundo
sobre mi cóncaba huesa
traerán rodando los siglos
y mi nombre será befa;
y dirá la necia plebe
en su maldiciente lengua:
fue asesino, fraticida,
no hubo en sus reinós doncella
bien guardada tras cerrojos,
ni llave bastante recia
que estorbase á su rapiña
del vasallo la riqueza.
¡Y mentirán por Dios vivo!
¡Y soñará el que lo crea!
Ambiciosos á mi lado
do quiera mi vista encuentra,
ó reptiles que me adulen
ó villanos que me vendan.
Amor respiro y gastada
solo encuentro una manceba
que, ó suspira en el hastio
ó al par de la horgia sueña.
Hallé una muger; Maria
se llamaba, humilde gerga
su esbelto talle velaba,
el brillo de la inocencia
mostraban sus negros ojos
y era su voz de sirena;
la hallé buscando motines
en mi vida aventurera,
la amé, y deliré á su lado
una plácida existencia.
Cuando del trono cansado,
me dije, la noche estienda
sus alas, soñando amores
iré recatado á verla;
y vendrá noche tras noche
envuelta en oscura niebla,
á disipar de mi sino
la maldecida influencia.
Fué mentira; la que pura
soñé, funesta belleza,
erais vos, Aldonza mia,
vos, de mi sangre sedienta.

ALD. ¡Señor!

REY. ¿No es verdad que es
harto menguada mi estrella?
¡Callais, y doblais la frente!
¡Aldonza! (*asiéndola una mano.*)

Tu mano tiembla!

Sigueme, tengo un Alcázar
dó serás altiva reina,
donde pisarás de plata
cien alfombras arabescas.
Alli hay jardines dó el alma
adormida se embelesa,
donde el rayo de la luna
sobre las fuentes riela,
cuando la noche callada
sus negras alas despliega.

Oh! ven conmigo...!

ALD. Tened
compasion de mi flaqueza,
y no á un abismo de infamia
querais arrojarme ciega.

Bien pude amar á don Juan,
mas elevase funesta
entre el rey y doña Aldonza
tinta en sangre una barrera.

¡Tened compasion de mi!
(se oye cerca el toque de maitines.)

REY. ¡Ah! ¡los maitines! Aquesa
es la señal;

(yendo á la puerta de la izquierda y abriéndola.)
en la calle

se vé gente que se acerca.

(ase de una mano á doña Aldonza y la señala la
puerta de la derecha.)

¡Aldonza! entrad á esa estancia
y ¡ay de vos si hablais siquiera!

(Doña Aldonza entra, el rey ase un sitio, le retira
al fondo y se sienta encubierto con la capa.)

ESCENA XIII.

El Conde de Trastamara armado de punta en blanco en-
tra por la izquierda envuelto en un tabardo carmesi y
examina la escena.

CON. (Nadie!) Que os guarde Dios el buen Carrillo.
(al rey.)

¿En dónde están mis gentes?

REY. (inmóvil.) Te vendieron;
de mi poder al deslumbrante brillo,
esclavos viles, á la muerte huyeron.

CON. ¿Quién eres tú, fatídico encubierto?
¿quién te puso, mal hora, en mi camino?
Amigo ó enemigo, descubiertó
quiero tu rostro ver.

REY. (levantándose y descubriéndose.) Y tu destino.

CON. ¡Ah traidor! (empuñando.)

REY. ¡Bien por Dios el Trastamára!

¿Tal esperar debiera de un hermano?

¡Un insulto me lanzas á la cara,
y empuñas contra mi hierro villano!

Deja la espada; Enrique, mengua fuera,
infame accion cruzarla con la mia;

un hombre mismo el existir nos diera,
un duelo entre los dos crimen seria.

¿Qué te hice yo?

CON. La tumba de mi madre,
Don Pedro, ¿quién la abrió?

REY. Los sediciosos
siempre encuentran disculpa que les cuadre.

Contra mi se ostentaron alevosos
de tu rebelde madre los castillos;

contra mi hueste al levantar bandera
en faz de guerra alzaron sus rastrillos,

de amenaza y baldon en la manera.
La madre delinquiendo halló la muerte,

pero su hijos inocentes eran;

yo les abri las puertas de la suerte
para que al fin, en pago, me vendieran;

con mengua de las armas de Castilla
el soldado francés holló su tierra,

á saco, por delante la cuchilla,

á sangre y fuego declaró la guerra.

Miraron de sus campos los vergeles
y se dijeron: ¡al pillaje vamos!!

la sien no ceñiremos de laureles,

mas nada importa si riqueza hallamos.
Como nos plazca les daremos reyes,
pondremos á su ejército librea;
¡si resisten!... sangrientas nuestras leyes
tomarán en sus campos de pelea.

Y al frente de la turba de bandidos
iba el noble señor de Trastamára,

rey de farsa, que alzaron atrevidos,
nobleza infame de rapiña avara.

Y los nobles hidalgos castellanos
que á su rey y á su patria no vendieron

tras mi pendon, las picás en las manos
á Trastamára y Du-Glesquin vencieron;

y las lises de Francia allí quedaron
sobre la roja arena destrozadas,

y al pasar, con desprecio las pisaron
de mis fuertes hidalgos las mesnadas.

¡Otra vez viene Francia! ¡mal nacida!
la nobleza otra vez muestra el acero!!

¡Ay del que juegue contra mi su vida!
¡Ay del que insulte de mi trono el fuero!

Y... están en mi poder! De un golpe solo
puedo en mis reinos acabar la guerra;

la gente vil que me circunda en dolo
de Castilla, purgar en la ancha tierra.

Una palabra y tu cabeza rueda,
¡una no mas!! y duermes en la fosa,

ni ya esperanza ni poder te queda
y ¡justa fuera en mi tan negra cosa.

Es en vano acaricies el acero
y me mires con gesto tan bravio;

generoso un egemplo darte quiero
perdonándote al fin, hermano mio.

Mas escucha de paz las condiciones
que á tu traicion opone mi grandeza,

cuando á tu rey, sacrilego, propones
un juego de cabeza por cabeza:

las aves de rapiña que salieron
á tu voz del revuelto Pirineo,

á sus nidos irán como vinieron
sin llevar de mis pueblos el saqueo;

los nobles que mi ley abandonaron
en destierro saldrán á estraña tierra;

los blasones que torpes mancillaron
mis despojos serán en buena guerra.

Y tú me rendirás pleito homenaje
rico-home y señor de horca y cuchillo,

irá tras mi linage tu linage
y serás de mi ejército caudillo.

Feudos tendrás, riquezas y pendones,
en paz y en guerra pagarás soldada

á escuderos, ginetes y peones,
y en mi alcázar habrás régia morada.

Eres hijo de rey, hermano mio,
y así á mi amor le cumple y á mi orgullo;

pesa en tu mente si el monarca impio
te dá un castigo igual al rencor tuyo.

CON. ¿Acabaste, don Pedro? Todavía
no te queda olvidado algun ultrage?

¡Generoso anduvistes á fe mia
en comprarme un villano vasallage!

¡Yo á tu lado vivir! ¡servil rodilla
doblar ante tu faz! ¡la noble frente

cubrir con una marca de mancilla!
¡Oh! fue un sueño, y por Dios, harto demente.

¡Cabeza por cabeza!! tú lo has dicho;
hemos jugado suerte contra suerte,

que media en nuestra vida un entredicho
que solo se termina con la muerte.

¡Sangre, sangre y no mas! Solos estamos,
de igual á igual, iguales los aceros,
y si mas en las vainas los dejamos
no son espadas ya de caballeros.

(*desnudando la espada.*)

Defiéndete, villano, mal nacido;
quien te escupe á la cara no es tu hermano,
es el hijo que llora dolorido
de su madre infeliz el fin temprano.

REY. ¡Trastamára!!! (*con furor reprimido.*)

CON. ¡Cobarde! ¿y tú blasonas
de hidalgo, de leal y de valiente,
y con diadema sin pudor coronas
rey deshonorado, la manchada frente?
¡De rodillas, esclavo!

REY. ¡Cómo! ¡infame!
¿Y así á tu rey y á tu señor te atreves?
Sangre ¡insensato!! quieres se derrame?
De esa sangre ante Dios la cuenta debes.
A muerte.

(*Desnuda la espada y acomete al conde; un momento de combate.*)

ESCENA XIV.

DOÑA ALDONZA sale por la derecha y se interpone á los dos.

ALD. ¡Ah, no sigais! esto es impio.

REY. Apartad, doña Aldonza

ALD. ¡Por el cielo,
herid antes, señor, el pecho mio.
¡Fratricidas los dos! ¡horrible duelo!

CON. Seguidme, rey don Pedro; en campo abierto
(*dirigiéndose á la puerta de la izquierda.*)
finaremos la lucha comenzada,
vida por vida el que sucumba muerto;
faz por faz ¡una sola coronada!
(*llega á la puerta.*)

ESCENA XV.

JUAN DIENTE sale trás ella con tres ballesteros.

DIEN. ¡Atrás!

CON. (*al rey.*) ¡Y esto es hidalgo! y es cumplido!

REY. ¡Que os perdeis, don Enrique!
(*ap. al conde.*)

CON. (*gritando.*) Sin decoro
siempre asesino y vil!

REY. Tú lo has querido.
Conducidle. (*á los ballesteros.*)

DIEN. ¡Señor...!

REY. Torre del Oro.

(*el conde arroja una mirada de desprecio al rey y sale por la izquierda entre los ballesteros.*)

ESCENA XVI.

ALD. ¡Oh! ¡perdon para él! Es vuestro hermano!

REY. Mi enemigo tambien; de él no me habéis.
Aldonza, su destino está en mi mano.
Sola estais en el mundo sin mi ayuda;
¿me seguis?

ALD. ¡Ah señor! (*vacilante.*)

REY. Será dichosa
mi suerte si cedéis.

ALD. (*Mi amor le escuda.*)
(*asiendo el brazo del rey y siguiéndole.*)

REY. (*Dos traidores cogi.*) Vamos, hermosa.
(*salen por la izquierda.*)

ESCENA XVII.

El cuadro del fondo se abre y aparecen tras él Doña MARIA DE PADILLA y RODRIGO DIAZ ALBARRACIN.

MARIA. De esa muger que salió
sigue, Rodrigo, la huella,
y no te separes de ella
hasta saber donde entró.

(*Rodrigo baja á la escena, sale por la izquierda, y doña Maria desaparece tras el cuadro.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

LA TORRE DEL ORO.

INTERLOCUTORES.

EL REY DON PEDRO.

EL CONDE DE TRASTAMARA.

GUTIER, doncel del Rey.

UN EMBAJADOR DE FRANCIA.

DOÑA MARIA DE PADILLA.

DOÑA ALDONZA CORONEL.

JUAN DIENTE.

RODRIGO DIAZ ALBARRACIN.

Un centinela.

Donceles castellanos, hombres de armas, franceses.

La accion pasa en Sevilla, en la torre del Oro, al amanecer del dia 29 de mayo de 1358.

Estancia octógona de orden árabe: al fondo una gran puerta ogiva que conduce á las almenas, á través de la cual deberá verse al amanecer el rio Guadalquivir, el puente de barcas y la giralda; puertas laterales forradas de hierro; una mesa tosca, siales de baqueta; cuerdas, armas y prisiones colgadas de los muros.

ESCENA PRIMERA.

Juan Diente con una linterna encendida, en traje de balletero de la época, con un haz de llaves pendiente del puñal, entra por la puerta del fondo seguido de Rodrigo Diaz Albarracin.

DIEN. Aquí ya puedes hablar.
¿Vienes por orden del Rey
á decirme que en los hombros
de su hermano no está bien
la cabeza?

ROD. No por cierto.

DIEN. ¿Será que por esta vez
se ha vuelto el lobo ermitaño,
y quiere que suelta dé
á su enemigo?

ROD. Tampoco;
por orden de una mujer
aquí vengo, y este sello....
(*muestra á Juan Diente un pergamino.*)

DIEN. De S. A. el sello es: (*tomándolo.*)
le conozco por desdicha;
esta es la primera vez
que le miro sin que venga
de negra sentencia al pie;
por cada vez que le he visto

cuento un recuerdo cruel,
que siempre de sangre rojo
á su dueño lo entregué.

(leyendo en el pergamino.)

«Cuando el lucero del alba
nazca marcando las tres,
junto á la torre del Oro
llegar, alcaide, vereis
una barca, que conduce
en su seno á una mujer;
bajad, entonces el rastrillo,
y sin inquirir quién es,
ciega obediencia en la torre
cual á mi la rendireis.
Fecho en nuestro alcázar real
á veintinueve del mes
de mayo, de mil trescientos
cincuenta y ocho.—Yo el Rey.»

(guarda el pergamino.)

Que venga cuando le plazca;

¿y no pudiste entender
quién es la dama?

ROD. Yo entiendo

que ciegos y mudos ser,
dispuestos á lo que mande
el Rey, nuestro oficio es.
Nos pagan, y no me incumbe
el pensar si mal ó bien.

DIEN. Tienes razon. ¿Do anduviste
esta noche?

ROD. No lo sé.

¿Y tú?

DIEN. Cazando rebeldes,
que fácil caza no es;
y aunque mereces que fuera,
imitando tu esquivéz,
tan callado como tú,

¿Albarracin, sabes quien
me dió á guardar estas llaves?

ROD. El que pudo debió ser;
si me lo revelas....

DIEN. ¡Ola!
Albarracin!... No lo sé.
Si duro lecho no place
al ballestero tener,
venga, le abriré la puerta
y déjeme en paz.

CENTINELA. ¡Las tres! (dentro gritando.)

DIEN. Y por Dios, que son cumplidos;
(yendo á las almenas.)

junto á la torre se vé
la barca; si sales, vamos.

ROD. El quedar estame bien.

(Juan Diente sale por la puerta del fondo.)

ESCENA II.

ROD. La suerte está echada;
si juego por mal
me cuelgan; si escapo
no ya más verá
mi vista un cadáver
al par de un puñal.

(se oyen rechinar cadenas.)

Ya cruje el rastrillo;
medroso á temblar
el pecho comienza;

si el Rey.... ¡voto vá!...

¿Rodrigo cobarde?
¡Jamás! Ahi estan.

ESCENA III.

Juan Diente guiando á doña Maria de Padilla que entra cubierta con un manto; Rodrigo se descubre y la presenta un sitial.

ROD. Que Dios os bendiga;
Señora, asentad.

DIEN. Dispenseis os ruego
si no es muy galan,
la dama encubierta,
pediros la faz,
que en estas prisiones
no podeis velar.

Asi el Rey lo quiere....

MARIA. Dispensado estais (descubriéndose.)

DIEN. ¡Aqui la Padilla! (id.)
¿qué vendrá á buscar?

MARIA. Habreis recibido....

DIEN. Con el sello real,
orden que en la torre
posesion os dá;
estas son las llaves,
abrir y cerrar
podeis libremente.

MARIA. Decid, ¿dónde estan
dos presos que anoche
trageron?

DIEN. Quizá
el Conde....

MARIA. Anúnciasle
que le espero.

DIEN. (con malicia.) ¡Ya!!!
(abre la puerta de la izquierda y entra.)

ESCENA IV.

MARIA. Toma, Rodrigo! (dándole una bolsa.)

ROD. ¡Es oro!

MARIA. Con su ayuda
al Conde salvarás.

ROD. Y do señora
os aguarda un bagel; la noche muda
guarda aun de sombra y de silencio un hora.

MARIA. Dentro la barca que me trajo espera,
y al ocultarse la espirante luna
de la torre saldrá; tierra extranjera
le salvará al rigor de su fortuna.
¡Rodrigo, adios!

ROD. Señora, él os proteja;
y si os debe un recuerdo tanta pena,
habrá consuelo el infeliz que deja
sus playas mendigando en tierra ajenas.
(sale por el fondo.)

ESCENA V.

MARIA. ¡Consuelos dar el que infelice llora!
¡Calmar dolores quien dolores gime!
En mi dicha era ayer Reina y señora
y en celos hoy el corazon se oprime.
¡Por otra mi cariño desdeñado!
¡á otra mujer mi porvenir vendido!
¡ira de Dios, el Rey! ¡mal has jugado
si mi venganza echaste en el olvido!
Al débil resplandor de la alvorada
aqui vendrás en busca del hermano,
y en la oscura prision abandonada

la noble presa llamarás en vano.
Correrás receloso al gabinete
donde guardas, don Pedro, tus amores,
y al levantar el oriental tapete
desierto le verás en tus furoros,
y temblará la grey envilecida
de tus miradas tus sentencias viendo,
y entonces, como sombra maldecida,
me verás tu dolor escarneciendo.

ESCENA VI.

EL CONDE DE TRASTAMARA aparece en la puerta de la izquierda; JUAN DIENTE la cierra y sale por el fondo.

MARIA. ¡Ah! Don Enrique, acercad.
(viendo al Conde.)

Sin duda que mi venida
os estraña, ¿no es verdad?

CON. Señora, siempre á mi vida
siguió la fatalidad.

Nunca esperé de contento
cumplido, gozar un hora;
¿se engañó mi pensamiento,
ó dulce ensueño me miento
aunque os contemplo, señora?
Cuando de la muerte via
el semblante aterrador,
entre la niebla sombría
os contemplo angel de amor
á consolar mi agonía.

MARIA. ¡Angel! galante por Dios
y sin ocasion estais;
nos interesa á los dos
la venganza, si os salvais,
á mi, la existencia á vos.
No me interrumpais; acaso
es el tiempo harto precioso,
la luna toca al ocaso,
y el crepúsculo medroso
se abre entre las sombras paso.
Por salvaros, el furor
de don Pedro desafío;
Enrique, huid.

CON. ¡Y mi honor!

MARIA. Es un fantasma sombrío
de desdichas guardador;
nombre vano que nos miente,
hijo imbécil del orgullo
que marchita nuestra frente,
que agosta en sople ardiente
cuanto brota en torno suyo.
A su fatal oropel
no sacrifiqueis la vida,
que no es un cobarde aquel
que de una muerte cruel
se liberta con la huida.

CON. ¿Y mi venganza, Maria?

MARIA. ¡Conde! la lengua tened
que ya toca en demasia,
y el conspirar, villanía
en un hidalgo, entended.
Decid que vuestra ambicion,
y perdonad mi language,
os impelió á la traicion,
porque es, mirado en razon,
de vuestra parte el ultraje;
decid que os place mirar
ante vos servil rodilla,

que habeis llegado á soñar,
lo que es don Pedro en Castilla
alguna vez alcanzar.
No ya la disculpa añeja
de vuestra madre os abona,
ni su recuerdo os aqueja;
el ensueño que no os deja
es de Rey, una corona.
Y tras él corriendo en vano
os digisteis: Rey seré;
nada importa si es mi hermano,
con el puñal en la mano
su corona arrancaré.
Y luchásteis, y vencido
estais; y aun quereis venganza...!
Ved que ya es amanecido,
y cada instante perdido
vale, Conde, una esperanza.

CON. Decis verdad: deliré;
hay porvenir en la vida,
cuando en la muerte pensé
que es la fortuna, olvidé
dama á caprichos vendida.

¡Ah! vivir es la esperanza
de la muerte mas allá,
si algo en la tumba se alcanza
es una estéril venganza
que viene muy tarde ya.

MARIA. Os guarda el Guadalquivir
de la Francia un galeon;
hora es, Conde, de partir,
puede don Pedro venir
y entonces no hay salvacion.
Alcaide. (llamando.)

ESCENA VII.

JUAN DIENTE por el fondo.

DIEN. ¡Señora!

MARIA. Id
con el Conde. (Abajo espera (al Conde.)
una barca.) Adios, partid.

CON. Dios recompensaros quiera.

MARIA. (Que nos escuchan.) ¡Salid!
(el Conde y Juan Diente salen por el fondo; poco
despues se oyen crujir las cadenas del rastrillo.)

ESCENA VIII.

MARIA. Ya mi venganza comienza.
¡Oh! cuál su furor será,
cuando en busca de su presa
atroz pensando un suplicio
en alas del odio venga.
¡Cuánto tarda ese villano!
quizá descuidado duerma
bajo las llaves que guarda
esa funesta belleza;
quizás ahora en su triunfo
y en mis lágrimas ensueña.
¡Oh! el despertar será horrible
cuanto la ilusion es bella:
en vez de placer y amores
tendrá solitaria celda;
en vez de galantes trovas
un recuerdo de vergüenza.

ESCENA IX.

JUAN DIENTE por el fondo.

DIEN. ¿Mi señora?

MARIA. ¿Ya partieron?
 DIEN. La proa á San Lucar reman.
 MARIA. ¿Do guardais esa mujer?
 DIEN. En esa cuadra frontera.
 MARIA. La llave.
 DIEN. Tomad.
 MARIA. Salid.
 (Juan Diente sale por el fondo.)

ESCENA X.

MARIA. ¡Oh. y cómo mi mano tiembla!
 (vá á la puerta de la derecha y pone la llave.)
 Ya se abrió. ¿La hermosa dama? (llamando.)

ESCENA XI.

ALD. ¿Quién me ha llamado? (dentro.)
 MARIA. El que espera.
 ALD. ¡Señor! (saliendo por la derecha.)
 MARIA. ¡Pensábais en él!
 ALD. ¡No es el Rey!
 MARIA. Soy vuestra dueña,
 que es solitaria esta torre
 y don Pedro, que se precia
 de galan, y que ni un punto
 del pensamiento os destierra,
 para haceros compañía,
 á vos que sois su existencia,
 me ha destinado. Asentad.
 ALD. (¡Todo lo sabe! ¡oh vergüenza!)
 Decid al Rey que agradezco
 en extremo su fineza,
 y que nunca es solitaria
 con amores la existencia.
 MARIA. ¡Tanto amais!
 ALD. Cómo no amarle
 con su mirada, que quema,
 con sus palabras, que henchidas
 de pasión al alma llegan?
 ¿Quién á su alhago resiste?
 MARIA. ¡Ni al brillo de su diadema!
 Cuando entre rubios cabellos
 una corona se muestra,
 cuando de amor la sonrisa
 el labio de un Rey ostenta,
 no hay mujer, al percibirla,
 por recatada que sea,
 que al orgullo no se rinda
 ó á la ambición no se venda.
 ALD. ¡Ese language!
 MARIA. ¿Os estraña,
 no es verdad, en una dueña?
 ¿No visteis en mi semblante
 alguna espresion siniestra,
 y de mis cárdenos lábios
 lo convulso, no os aterra?
 ¿No pensasteis al mirarme,
 esta mujer me detesta?
 ALD. ¡Dios mio!
 (dirijiéndose á la puerta de la derecha.)
 MARIA. No, no os ireis; (deteniéndola.)
 vine aqui de celos llena
 á insultaros nada mas.
 ¡Oh! ¡por Dios que sois muy bella!
 y ostentais en el semblante
 tal candor, tanta pureza,
 que nadie sospecharia
 tras su encanto una manceba.

ALD. ¡Una manceba digisteis!
 Sellad la villana lengua;
 ¿de esas palabras infames
 en dónde teneis la prueba?
 ¿Quién tal os dijo, mujer?
 ¿quién sois vos?
 MARIA. ¡Otra manceba!
 ALD. ¿Y con título tan bello
 cual una marca de afrenta,
 me echais, del Rey, á la cara
 el amor que me avergüenza?
 Sin duda sois la que ocupa
 el tálamo de una Reina,
 la que adúlteros amores
 con escándalo fomenta;
 la ambiciosa cortesana
 que quizás un trono sueña,
 ¡y de una mujer vendida,
 engañada por la fuerza,
 á una prision arrastrada,
 en trama infernal envuelta,
 con insolencia fijais
 en la mirada la vuestra!
 ¡Oh! ¡confesad que es horrible
 insultar á la impotencia!
 MARIA. ¡Impotencia! ¡hipocresia!
 Mal la memoria se presta
 á olvidarlo; yo le adoro,
 digisteis, la torpe lengua
 de amores habló liviana
 en presencia de la dueña.
 Si vos le amais, yo tambien;
 si llama adúltera alienta
 mi corazón, en el vuestro
 la misma llama se ceba;
 Alvar Perez de Guzman,
 vuestro marido, que en tierras
 de Aragon, por desleal
 lejos de Castilla alienta,
 el hombre que os dió su honor
 y entre las santas doncellas
 de Dios esposas, os cree;
 doña Aldonza, ¿qué digera
 al saber que en sus blasones
 arrojais mancha tan negra?
 Yo soy libre; de mi vida
 á Dios solo debo cuenta;
 su amor es mi porvenir,
 por él mi fama se encuentra
 sin decoro mancillada,
 escarnio de la nobleza;
 hijos bastardos un dia
 llegarán sobre mi huesa
 y pedirme un nombre honrado
 que su desdicha les niega;
 ¡y le amais! ¡tan retirada
 vivis que á noticia vuestra
 no llegó de la Padilla
 la historia que el vulgo cuenta,
 ó quizás en vuestro orgullo
 os digisteis: como ella
 de doña Blanca triunfó
 yo triunfaré? ¡Fuisteis necia!!
 ¡Oh! dejadme! ¡vuestra calma,
 Aldonza, me desespera;
 ¡dejadme que á vuestro lado,
 ardiendo, mi sangre quema!
 Aquí vendrá... ¿no es verdad?
 Que sois hermosa, hechicera,

os habrá dicho; que solo á vuestro lado contenta es su vida; que en su alcázar y en su corazon la Reina siempre sereis... ¡ah! cerrad oídos á sus promesas, ni de su alhago os pagueis, ni su llanto os enterezca, que de su amor tras la llama solo encontrareis pavesas. Tambien suspiró á mi lado; tambien esas frases bellas que os ha dicho, yo escuché; bajo su dulce influencia pasé la vida soñando, y ahora despierto, y siniestra la realidad á mis ojos adormidos se presenta.

ALD. ¡Oh! perdonadme si amores me dijo; no sus promesas, señora, me deslumbraron, que á saber yo que el Rey era, quizá llorarais su muerte pero no su indiferencia. Volved en torno la vista tras las murallas espesas de esta torre, no se guardan, cual decis, á las mancebas; de alta traicion á los reos aqui tan solo se albergan.

MARIA. Y bien....

ALD. Cuando yo soñaba una venganza sangrienta, cuando del claustro á la sombra las noches pasaba en vela, no presintió mi desdicha, que tras la puerta funesta que á retirada armeria daba salida secreta, la deshonra me esperaba de aleve antifaz cubierta. El hidalgo que de amores me dijo sentida queja, el que don Juan se nombraba, el que cual pérfida hiena de su vida receloso holló la vivienda nuestra, Rey encubierto, en su alhago me fascinó; á su influencia soñé una vida de encantos; tambien desperté, y siniestra la realidad á mis ojos vi desplegarse tremenda.

MARIA. Y....

ALD. No, ¡callad! adivino esa palabra; serena puedo levantar la frente, sin que un sello de impureza ante la faz del esposo á doblegarla me venza; bajo el hacha del verdugo podrá poner mi cabeza, de mis feudos y castillos no dejar enhiesta piedra, de la pleve á los insultos arrojarme y á la befa, mas.... ¡consumar mi deshonra al imposible se eleva!

MARIA. No, no será; mi poder os salvará á tan adversa

fortuna; de esta prision saldreis, y oculta vivienda del Rey os defenderá. Perdonadme si mi lengua pudo ofenderos, Aldonza; soy madre, mi negra estrella me unió al Rey cuando era niña, y á mi pesar, aunque vea que soy criminal, mi suerte es amarle hasta la huesa; vos tal vez olvidareis aquea pasión funesta que no ha sancionado el crimen, y dias quizás os restan de ventura, al noble esposo dejando su parte en ella. ¿Me perdonais?

ALD. ¡Ah, señora! Si me ofendisteis, ofensas mi lábio se permitió; olvidadlas, que las vuestras ya olvidé; si me salvais mi gratitud será eterna.

CENTINELA. ¿Quién vá? (dentro.)
UNA VOZ. (id.) ¡El Rey!

MARIA. ¡El Rey! Dios mio! ¡ya es tarde!

ALD. ¡Mi suerte es esa!
MARIA. Aldonza, no; es la desdicha que nunca mis pasos deja. (crujen dentro cadenas.)
¡Entrad, entrad; del rastrillo han sonado las cadenas.

ALD. ¿Y vos?
MARIA. Le aguardo; rogad por mi á Dios.

ALD. El os proteja. (entrando por la derecha.)

ESCENA XII.

El Rey y Juan Diente por el fondo.

REY. ¿Quién está aqui? ¿de mi precepto, cómo (á Juan Diente.) así rompes el limite sagrado?

¿Quién es esta mujer? ¿Cuál una sombra ya en mis Castillas sin poder, no mando?

DIEN. Señor, siempre os servi como pudiera el mas cumplido, á vuestra ley vasallo, que cuando abri las puertas de la torre á vuestra alteza las abri; mi mano guardar no puede llaves que la quitan el sello real que reverente acato.

(el Rey examina el pergamino ya citado que le entrega Juan Diente y le guarda.)

REY. Despejad. (á Juan Diente que sale por el fondo.)

ESCENA XIII.

REY. ¿Vos aqui, doña Maria? Siempre en pos, amorosa de mis pasos que vendria pensásteis, y sabrosa sorpresa me aguardábais... ¿conque al cabo nada soy en Castilla? ¿A vuestro antojo todo se rinde ó se doblega? Vano es mi poder, si de mi amor abusa una mujer con quien mi vida parto.

¿Sabeis, señora, que de negro crimen sois el reo?

MARIA. Lo sé.

REY. ¿Sabeis que alcanzo poder bastante á convertir en lloro los que os restan de vida, tristes años?

MARIA. Lo sé por mi desdicha.

REY. Misteriosas las palabras son hoy de vuestro lábio; ¿quién os trajo á la torre? ¿Qué buscábais en su oscuro recinto?

MARIA. ¡Desengaños, y los hallé, don Pedro! De mi alma en el noble descuido confiado, no del amor estábais satisfecho, que con mi eterno vilipendio pago.... Otros amores nuevos os faltaban y los hallásteis venturoso.... en vano querreisme desmentir; tras esa puerta
(señalando la de la derecha.)
á quien abone mis palabras guardo.

REY. ¡Os comprendo, Maria! de traidores está mi trono por do quier cercado; cual la sombra me siguen, en mi huella la huella ponen de su infame paso. Vos tambien me seguís; ¿con qué derecho? O por ventura á vuestro amor esclavo ¿que sueña en él queréis y en él me aduerma cuando me tienden fementido lazo?

MARIA. Que no esquivais, don Pedro, si hechicero de una hermosa mujer está en la mano. Y mientras de mi suerte no curábais y dentro de mi estancia en vos pensando al dulce brillo de amarilla luna, mi corazon de amores estasiado solo por vos latía, del retrete se abrió la puerta, y receloso entrando tornándola á cerrar, ante mi vista apareció, don Pedro, un embozado. Quise gritar, pero cortés entonces detubo el hombre el atrevido paso, y en torno revolvió mirada inquieta cual temiendo la vista de un extraño; y luego, aun me parece que le escucho, «venid, me dijo: crimines infandos »lograreis impedir, y que se tiña »el hermano en la sangre del hermano.» Todo lo presentí; por él guiada llegué de Santa Clara al triste claustro. De moribunda lámpara el reflejo hirió mi vista, y el altar sagrado señalándome el hombre: allí, me dijo, está, señora, el Rey; tras ese cuadro. Quisele preguntar, mas deslízose de las densas tinieblas al amparo.

REY. (Traidor Pero Carrillo.)

MARIA. Sola entonces fijé la planta en el altar sagrado, y hablar os escuché cuando ponía mano atrevida al misterioso marco. Tras una tumba me oculté y os vide entrar, perderos y tornar al cabo.

REY. ¿Conque érais vos al fin, doña Maria? ¿vos á quien siempre encontraré á mi lado, ya entre el reposo de las tumbas sea, ya del trono escondida tras el manto? ¡Oh! feliz el destino que á mi vida un angel guardador en vos ha dado!

MARIA. Sarcástico, señor, cual nunca estais.

REY. Si en mis palabras encontrais sarcasmo, quizá vuestra conciencia parte tenga que hoy como nunca con lisura os hablo.

MARIA. ¿Qué buscábais allí? ¿por qué resuelto, la sagrada clausura quebrantando hasta el templo llegásteis? Aterradas las esposas de Dios os contemplaron, bien asi como aterra la presencia de hambriento lobo al misero rebaño. «¿Dónde está doña Aldonza?» En voz siniestra gritásteis en el ancho santuario, y las sagradas bóvedas gimieron cual de impuro anatema al son profano; ¿Dónde está doña Aldonza? Repetisteis, y las tímidas vírgenes temblaron; una tras otra del semblante puro vió con terror el velo levantado; uno tras otro infando sacrilegio consumasteis, don Pedro, con escándalo.

REY. ¿Y no se abrió la tierra...? Bello asunto para una homilia habeis, mas os declaro que la paciencia de que armado vengo siento que va con rapidez menguando.

MARIA. Y luego... lo escuché; de amor la queja á una muger rindiendo, en vuestro lábio como un insulto, mi existencia triste parodiasteis, señor; siempre velando el crimen junto á vos la describisteis.

(con amargura.)

«Cuando respiro amor, frios alhagos de gastada manceba solo encuentro, que de la orgía entre el vapor soñando pasa la vida ó el hastio gime, ya sin fuerza marchitos sus encantos.»
Volved la vista atrás, ¿tal merecía mi sacrificio sin igual? Tal pago de tiernos hijos á la madre debe quien agostó sus juveniles años?

REY. Maria!

MARIA. Vuestra pérfida sonrisa no me fascina ya; vuestros alhagos son mentira, don Pedro; hora menguada os vide por mi mal; sin vos honrado fuera mi nombre, y la orgullosa frente alzára pura sin que velo infando de oprobio la cubriera; noble esposo á mis timbres sus timbres enlazando, nombre diera á mis hijos, que son vuestros, y á quienes dais un nombre.. ¡el de bastardos!

REY. ¡Calla! ¡calla muger!

MARIA. Esa es su herencia que desdeñára el hijo de un villano; abandonadme, si; la flor lozana que puro ostenta su naciente tallo, se corta por capricho, se conserva mientras su aroma al robador es grato, y al fin se arroja deshojada y mustia del mundo infame al maldiciente paso.

REY. ¡Maria!

MARIA. Es tarde ya, que no se cura herida que los celos desgarraron. Allí esta esa muger, tras esa puerta.
(señalando á la derecha.)

¿Qué, don Pedro, no vais? Por vos soñando está si duerme y á la luz abiertos los ojos torna á su señor en vano. Pero no, no vayais; os engañaba como engañó á su esposo; son infandos sus amores, señor; por vuestros hijos,

por su vida inocente, al desamparo no me arrojéis... ¿Callais? Vuestro semblante aun muestra el ceño del rencor airado.... ¿y así rompéis la ley del juramento, ¡rey miserable, corazón villano!?

REY. ¡Señora!!

MARIA. No, no tiemblo; mis amores á la venganza su lugar dejaron, y en vano á vuestras plantas suplicante cual inmundo reptil, ya no me arrastro. Escuchad: harto tiempo fementidas vuestras amantes quejas me engañaron, y ya es bien, rey don Pedro, que en Castilla reconozcais mis hijos, aunque á un claustro me arrojéis á la par... Aun el silencio guardáis? Y la sonrisa del escarnio en vuestro lábio mi venganza escita...?

(con furor.)

¡Ah! ¡Don Pedro, temblad! Tengo vasallos que pica empuñen contra vos; ¿lo oísteis? y mi pendon por ellos desplegado, en campo abierto acometiendo al trono vuestro cetro al vencer harán pedazos.

REY. ¡Traidora! ¡vive Dios! sino pensara

(empuñando.)

que loca estais, vuestro imprudente amago cayerá sobre vos, doña Maria! No toqueis á la llaga que insensatos abrieron por su mal, ni alceis el velo que guarda oculto ensangrentado tajo.

MARIA. Ah!

(aterrada, cayendo desvanecida sobre un escabel.)

REY. Yo tambien deliro, yo á su vida atentar, santo Dios! (acercándose á ella.)

¡Oh! de su lábio

huyó el carmin, y palidez sombría de su rostro de amor nubla el encanto.

¡Maria! ¡vive Dios! no me responde.

¡Ola! (un page aparece á la puerta.)

MARIA. ¡Ay!

REY. Ya respira. (al page.) Del palacio en mi mejor corcel, á la carrera que venga al punto Hassan. (sale el page.)

MARIA. (con voz débil.) No, fuera en vano; está en el corazón, y no podria ese médico infiel secar mi llanto.

REY. Basta ya de gemir, dulce Padilla; siempre fuisteis mi amor; aun no ha seis años que os vi en Leon, y desde entonces llevo vuestro recuerdo aqui;

(llevando la mano sobre el corazón.)

de vuestro lado nunca me separé; por vos la reina pasa la vida en soledad llorando, y no hay capricho en vos que ley no sea para el que mas que rey es vuestro esclavo; mi sello real os di como una prueba que de amor me pedisteis; abusado habeis, señora, de él; doy por seguro que libre de prisiones el bastardo por vos está. ¿Decid, por qué el semblante palidece, señora? ¿Vuestra mano por qué siento temblar entre la mia?

¿Acaso no es el rey vuestro vasallo?

¡Pobre muger! No llores, te perdono si algo hay que perdonar. Destino infausto á ti me unió, es verdad; sin mi existencia vieras dichosa transcurrir los años, y no pudiera sonrojar tu frente

un recuerdo perdido en el pasado.

Nuestro sino es igual; si esa nobleza, que indómita me cerca rebramando, mi paso no estorbase, de Castilla yo estendiera los limites tan largo, que trémulo escuchase el agareno de hinojos mi precepto soberano. Sin esos nobles que el acero vuelven contra su rey, en mancillado campo, que la traicion ostentan por divisa en guerra eterna contra mi empeñados, mi nombre el porvenir escribiria de otros nombres al par, sino mas alto. ¡Villanos son, por Dios! Echan de menos el menguado reinar de Alfonso el Sábio, que leyes hizo, sin mirar primero si bastaban sus fuerzas á domarlos. ¡Oh! la ley es muy débil que con sangre escrita no se muestra sobre un tajo. ¿No me escuchas, Maria? Por ti solo es mi ardiente afanar, por ti velando siempre esa grey villana de alevosos mi pensamiento ocupa; oh! desdichados mi hijos si triunfasen! Por herencia les dejara tal vez negro cadalso.

MARIA. ¡Oh! ¡callad!

REY. Si, esa plática dejemos que me ahoga el furor; aqui encerrado estaba el desleal, y tú, insensata! abriste su prision. ¡Oh! mil dorados en sueños me ahagaron esta noche un hora que dormi; sueños livianos que huyeron por mi mal para mostrarme al despertar horrible desengaño.

(sacando un pergamino.)

Mira y tiembla, muger; de Medina, donde la reina estaba, este enlutado pergamino trageron, y en su seno con sangre escrito su finar temprano.

MARIA. ¡Cielos!

REY. Blanca murió y asesinada por mis viles hermanos los bastardos.

MARIA. ¡Asesinada!

REY. Si, no lo comprendes?

No me pueden vencer sin que su amparo les preste el extranjero, y en mi frente quieren mostrar de su delito el rastro. Dirá que la maté por tus amores ese Enrique infernal; venganza ansiando me retará el francés, y las fronteras darán paso otra vez á sus soldados. ¡Y huyó de mi furor el miserable!

¡y mi eterno velar ha sido en vano!

Mi nombre disfracé; rondé en Sevilla,

amores dije por saber arcanos,

¡y vos necia y celosa destruisteis

el fruto de mi afan á un solo paso!

Acabad vuestra obra, y libre vaya

la Coronel á unirse á los villanos.

MARIA. ¡Perdon, señor, perdon! de vuestro rostro el amargo desden me está matando; ¡desdichada de mi! ¡cuanto me cuesta la fatal ambicion de los de Haro!

REY. Ya os perdoné, dejad esa congoja y al alcázar venid; con el descanso huirá la palidez de vuestro rostro.

UN CENTINELA. (dentro.) ¿Quién va?

UNA VOZ. (dentro.) Donceles de su alteza

CENTINELA. (dentro.) ¡Alto!

REY. ¡Mis donceles! ¿qué quieren á tal hora?
¿Lo oisteis? ¡maldicion! quizá el bastardo
á la plebe subleva.

(*aparece Juan Diente á la puerta.*)

Abre el rastrillo

y que entren.

(*sale Juan Diente y poco despues se oye abrir el ras-*
trillo.)

¡Siempre así! Siempre luchando!

ESCENA XIII.

GUTIER armado por el fondo.

GUT. ¡Señor!

REY. ¿Quién es? ¡Gutier! ¿por qué á deshora
á mi presencia vienes? Habla.

GUT. Apenas
tras el oriente despuntó el aurora,
y del alcázar régio en las almenas
de guarda estaba, cuando vi acercarse
gente armada, señor, en faz de guerra
y ante el rastrillo sin temor mostrarse.

REY. Sigue.

GUT. ¿Quién vá? gritando el atalaya
de la estacada, Francia: respondieron...

REY. Y...

GUT. Las puertas que guardan la muralla
para la Francia sin temor se abrieron.

REY. (¡Gente de Francia, en tierra de Castilla!)
¿Su número?

GUT. Acaballo bien armada
á veinte lanzas llega la cuadrilla
por un hidalgo al parecer mandada.

REY. Paz ó guerra miraste en su divisa?

GUT. Es negro el paramento del ginete,
roja su banda y de venganza en guisa
amarillo el penacho de su almete.

REY. (Luto y venganza!) ¿Y su mensaje?

GUT. En nombre
de la Francia, hablar quiere á vuestra alteza
y le trage hasta aquí.

REY. Que entre ese hombre.
(*Gutier sale por el fondo.*)

ESCENA XIV.

REY. (Pronto á dar fruto la traicion empieza!)
(*á doña Maria.*)

Dispensad me, Maria, que os suplique
que al alcázar os vais.

MARIA. Allí os espero;
evitad una guerra.

REY. Nunca á pique
Don Pedro echó la prez de caballero;
id.

MARIA. Adios.

ESCENA XV.

Al salir Doña Maria, la mira con insolencia el emba-
jador, que entra seguido de algunos hombres de armas
que llevan en los escudos la flor de lis de Francia; por
parte del Rey entra Gutier y con él algunos donceles
que llevan en las sobrevestas un leon y un castillo de
oro sobre fondo encarnado.

REY. Insolente es su arrogancia.
(*observando al embajador.*)

EMB. ¡Salud, rey de Leon y de Castilla!

Yo, hidalgo, caballero, par de Francia,
en nombre de mi rey, de alta mancilla
cuenta os vengo á pedir.

REY. De cuál ultrage
la debo á vuestro rey? Es su sobrina,
mi esposa, la ocasion de tal mensaje
que su retiro infamia denomina?
¡Qué, no es reina en Medina? A su grandeza
no doblegan mis pueblos la rodilla,
ó dar quiere esplendor con su belleza
á mi arabesco alcázar de Sevilla?

EMB. Luto llevo, señor, y mengua acrece
tras infando delito, tal language,
que no es cortés, alteza, ni merece
mi señor tras su pena tal ultrage.
Princesa era de Francia vuestra esposa,
en ella os ha debido cien baldones,
y hora arroja la tierra de la fosa
de Borbon con desprecio á los blasones.
¡Oh! yo vi á la infeliz su amor llorando
tras los muros de sombría fortaleza,
mientras que vos sus penas olvidando
dabais amor á impúdica combleza.
Yo la vi que al morir entre abandono
á su asesino amante perdonaba,
y al bajar á la tumba, en vuestro trono
sangre inocente que vengar dejaba.
Francia la vengará; de su alianza
los vínculos ha roto vuestra alteza,
y en campo abierto, rey, de lanza á lanza
el gran juicio de Dios desde ahora empieza.

(*volviéndose á los donceles.*)

¡Castellanos! ¡hidalgos! ¡mesnaderos!
¡los porvenir y los aquí presentes!
Segun usanza y ley de caballeros
ante el comun derecho de las gentes;
¡escuchad! ¡escuchad! del rey en nombre
de Francia, ante vosotros de alevosa
muerte, hago cargo, hidalgos, á este hombre,
(*señalando al rey.*)

en doña Blanca de Borbon su esposa.
Y si alguno atreviérase á dudallo,
en buena lid, á muerte yo le reto,
con lanza, con espada, á pie, á caballo,
cualquier combate por probanza aceto;
y en prenda y en señal de desafio,
¡hidalgos castellanos! ¡ved mi guante!

(*se despoja del guantelete izquierdo y le arroja en
la escena; los donceles quieren levantarlo á porfia.*)

ALGUNAS VOCES. ¡Mentis! ¡mentis!

GUT. ¡Afuera! ¡el guante es mio!
(*apartando á los donceles.*)

REY. (*recogiendo el guante.*)
No ha menester el rey quien le levante.
(*á los donceles.*)

¡Gracias mi buen Gutier! ¡gracias, donceles!
¡ese mentis! del corazon rebosa.
(*al embajador.*)

Va lo pudisteis ver, todos son fieles,
y en vano en torno la traicion me acosa.
Pruebas tendreis y menester he verlas.

EMB. (cumplidas las revela el pergamino
(*sacando un pergamino de entre las ropas y mos-*
trándolo al rey.)

que tan claras, señor, á no tenerlas
no fuera á vuestro lado mi destino.
Aquí hay una sentencia, aquí sin ley
hierbas mandasteis dar á la infelice,
aquí está el sello real, aquí yo el rey

en claras letras estampado dice.

REY. ¡Ay desdichado quien forjó el escrito!
(arrebataando al embajador el pergamino y examinándole.)

Venganza habrá la reina; pronta, cierta
mi justicia será para el delito
que hoy mi poder aterrador despierta.

EMB. Francia también despierta;
fementido cubris el rostro de dolor profano;
verá Castilla el antifaz hendido
del Galo altivo por la fuerte mano.

REY. Hablad junto á mi sòlio menos recio
(con furor.)

y moderad, que os cumple, la jactancia,
porque solo me mueven á desprecio
el orgullo y poder de vuestra Francia.
Y vive Dios, que si rompeis el yugo
que los vasallos deben á los reyes,
os enseñe la mano de un verdugo
sobre mi suelo á respetar mis leyes.
El guante acepto en nombre de Castilla,
llevad á Francia mi cartel de guerra,
mas antes de ausentáros de Sevilla
contareis mi justicia en vuestra tierra.
Despejad.

(el embajador sale seguido de sus gentes y tras él
los donceles, menos Gutier.)

ESCENA XVI.

REY. Oye, Gutier;
tras esa puerta hallarás,
(señalando la de la derecha.)
y al alcázar llevarás
en litera á una muger.
Luego, ronda por Sevilla,
y si la plebe en tumulto
hace á mi nombre un insulto...
sin compasion la cuchilla

(el rey sale por el fondo; Gutier por la derecha.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

EL MAESTRE DE SANTIAGO.

INTERLOCUTORES.

EL REY DON PEDRO I DE CASTILLA.

EL MAESTRE DE SANTIAGO.

MOSEN PERO-CARRILLO.

UN EMBAJADOR DE FRANCIA.

DOÑA MARIA DE PADILLA.

DOÑA ALDONZA CORONEL.

GUTIER.

JUAN DIENTE.

Guardias, donceles, ballesteros.

La accion pasa en Sevilla en el Alcázar, el dia
29 de mayo de 1358.

Sala en el palacio del caracol, abierta á una galeria: á
la izquierda junto al proscenio una puerta oculta en la
tapiceria; mas allá la silla real sobre un estradillo; junto
á él una mesa con recado de escribir y un escabel, junto
el cual se verán el manto real y la corona.

ESCENA PRIMERA.

GUTIER y PERO CARRILLO por el fondo.

GUT. Esas las órdenes son
que me prescribe su alteza;
dadme, Carrillo, la espada
y esperad á que el rey venga.
(entregándole la espada.)

PERO. Esperad; en compañía
tan noble, menos molesta
será mi prision, y al cabo
podreis guardarme mas cerca.

GUT. No os guardo yo; si en mi mano
vuestro destino estuviera,
fuerais libre, mas ..

PERO. No os culpo.

¿Y qué pensais de las nuevas
que corren por la ciudad?
Dicen que Francia la guerra
ha declarado á Castilla,
y que en fundamento alega
la muerte de doña Blanca
de Borbon.

GUT. Necias consejas
del vulgo, que vé con ojos
de aumento cosas pequeñas.
Cierto es que á son de clarin
sabe Sevilla, que muerta
es la reina, á quien Dios dé
á su lado gloria eterna;
y bastará, á no dudarlo,
ver cuando en doble resuenan
las fuertes lenguas de bronce
de la Giralda, que negras
vestiduras arrastrando
en la nave de la iglesia,
el cabildo, junto á un tùmulo
que cetro y corona muestra,
el oficio de difuntos
desde esta mañana reza.

PERO. Dicen también que el bastardo
huyó.

GUT. ¡Don Enrique! Nueva
absurda, por Dios.

PERO. ¿Acaso
en la torre?

GUT. Mal pudiera
el que no fue preso huir.
¡Don Enrique! En las fronteras,
estará soñando ahora,
de Francia locas empresas.
Sois un asombro en espia.
Mas, me mirais de manera...

PERO. Es porque dudo, Gutier,
si vuestra plática es cierta,
ó me engañais, y en la duda
está mi vida suspensa.

UNA VOZ. (dentro.) ¡El rey!

GUT. Os dejo; quizá
os satisfaga su alteza.

(al salir Gutier encuentra al rey que entra, se in-
clina profundamente y sale.)

ESCENA II.

PERO CARRILLO, EL REY.

PERO. ¡Señor! (hincando una rodilla.)

Propiedades de que consta la Biblioteca Dramática.

TRADUCCIONES.

EN UN ACTO.

El paje de Woodstock.
La Barbera del Escorial.
El derecho de primogenitura.
Un buen marido!
La vida por partida doble.
Percances de la vida.
El maestro de escuela.
La hija del bandido.
—La muger eléctrica.
El confidente de su muger.
La viuda de 15 años.
La pupila y la péndola.
Mas vale tarde que nunca.
La cocinera casada.
Tom-Pus, ó el marido confiado.
Dos contra uno.
El marido de la Reina.
Con todos y con ninguno.
Perder y ganar un trono.
El hijo de mi muger.
Inventor, bravo y barbero.
Un cuarto con dos camas.
Muerto civilmente.
El mudo por compromiso ó las emociones.
Un Juan Lanas.
Las camaristas de la Reina.
—Una muchachada.
El usurero.
Una cabeza de ministro!
El raptor y la cantante.
Una noche á la intemperie.
Memorias de dos jóvenes casadas.
Un diablillo con faldas.

EN DOS ACTOS.

El rey de los criados y acertar por carambola.
La hija de mi tío.
César, ó el perro del castillo.
Un pariente millonario.
Los soldados del rey de Roma.
La modista alférez.
Un avaro.
El lazo de Margarita.
El Guarda-bosque.
El diablo nocturno.
Un casamiento con la mano izquierda.
Un padre para mi amigo.
La protegida sin saberlo.
Una broma pesada.
El Corregidor de Madrid.
El caballero de Griñon.
Ni ella es ella, ni él es él, ó el capitán Mendoza.
El robo de un hijo.
Los pasteles de Maria Michon.

Dos noches, ó un matrimonio por agradecimiento.

—Las dos épocas, ó restauracion y terror.
Cuando quiere una muger!!

EN TRES ACTOS.

Mi vida por su dicha.
Un día de libertad.
La Abadia de Penmarck.
El vivo retrato.
El diablo y la bruja.
Casarse á oscuras.
Deshonor por gratitud.
El novio de Buitrago.
El guante y el abanico.
Clara Harlow.
Uno de tantos bribones.
Julian el carpintero.
El zapatero de Londres.
Los templarios, ó la encomienda de Avignon.
Reinar contra su gusto.
El tarambana.
Los mosqueteros de la Reina.
Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia.
Luchar contra el destino.
Una cura por homeopatía.
Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas.
—La boda y el testamento.
No ha de tocarse á la reina.

EN CUATRO ACTOS.

Jorge el armador.
La mano derecha y la mano izquierda.
El doctor negro.

EN CINCO ACTOS.

Fausto de Underwal.
Los prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre.
Las intrigas de una corte.
El agiotage ó el oficio de moda.
La hermana del carretero.
La Corona de Ferrara.
En la falta vá el castigo.
Las huérfanas de Amberes.
Las colegialas de Saint-Cyr.
—Páris el gitano.
Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio.
El diablo en Madrid.
Nuestra Señora de los Avismos, ó el castillo de Villemeux.
La hija del Regente.
El castillo de S. Mauro.
Fuerte-Espada el aventurero.
La noche de S. Bartolomé de 1572.
El nudo Gordiano.
—Juana Grey.
La Alqueria de Bretaña.
Gustavo III ó la conjuracion de Suecia.

Nunca el crimen queda oculto á la Justicia de Dios, 6 cuadros.

Los mosqueteros, id.

El pacto sangriento, ó la venganza corsa, id.

El leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, id.

El médico negro, 7 cuadros.

El mercado de Londres, id.

Martin y Bamboche, ó los amigos de la infancia, en 9 cuadros.

ORIGINALES.

EN UN ACTO.

Perder el tiempo.
Un error de ortografía.
La joven y el zapatero.
La batalla de Clavijo.
Engaños por desengaños.
Una conspiracion.
Tanto por tanto, ó la capa roja.
Un casamiento por poderes.
Estudios históricos.
La posada de Currillo.
Dos y ninguno.
Juí que jembra.
Una actriz improvisada.
—Cosas del dia.
—El marinero, ó un matrimonio repentino.
José Maria, ó vida nueva.
La feria de Ronda.
De Cádiz al Puerto.
Es el demonio!!
El andaluz en el baile.
Un tío como otro cualquiera.
—El cautivo de Lepanto.
—El tío y el sobrino.
Ilusiones.
La cantinera.
La ley del embudo.
La Perla sevillana.

EN DOS ACTOS.

En la confianza está el peligro.
Si acabarán los enredos?
Juan de las Viñas.
Mateo el veterano.
El premio grande.
El hermano del artista.

EN TRES ACTOS.

El médico de su honra.
—Yo por vos y vos por otro!!
Los infantes de Carrion.
La reina Sibila.
Un motin contra Esquilache.
La ilusion ministerial.
Luchar contra el sino.
El coronel y el tambor.
El último amor.
Perder fortuna y privanza.
Hasta los muertos conspiran.

No hay miel sin hiel.
A las máscaras en coche.
Con sangre el honor se venga.
El favorito y el Rey.
La cruz de la torre blanca.
El aventurero español.
La conquista de Murcia.
—El hombre azul.
El arquero y el Rey.
Desengaños de la vida.
El caudillo de Zamora.
Escarmientos y lecciones.
EN CUATRO ACTOS.
El trapero de Madrid.

Valentina Valentona.
A tal accion tal castigo.
El honor de un castellano y deber de
una muger.
Doña Sancha, ó la independencia de
Castilla.
Azares de una privanza.
El Peregrino.
El Pacto con Satanás.
Una noche en Venecia.
Amante y Caballero.
—El médico de un monarca.
—Padilla, ó la traicion de Villalar.

EN CINCO ACTOS.

—El desprecio agradecido.
—A cada paso un acaso, ó el caballero.
Amor y Patria.
Don Juan Pacheco.
La Calderona.
Benvenuto Cellini, ó el poder de un
artista.
Los dos Fóscaris.
Juan de Padilla, 6 cuadros.
La reina Margarita, en 6 actos.

NOTA. *Los títulos que tienen una rayita aun no están impresos, pero lo van siendo sucesivamente.*